

Capítulo LXIV.

El valor de la desesperacion.

La india caribe, esposa del cacique, que, aprisionada por los españoles, había sido enviada á bordo, había concebido, como he dicho en el capítulo anterior, un pasion vehemente hácia Caonabo.

Reunida con los indios, se acercó al prisionero y habló con él.

Un horrible proyecto cruzó por la imaginacion de la caribe.

—Caonabo,—le dijo,—un guerrero como tú no debe ser esclavo.

—Mi desdicha lo ha querido.

—¿Y cómo has podido soportar el peso de tus cadenas?

—Porque aún abrigo la esperanza de vengarme de mis opresores.

—Triste esperanza es esa. Oye, Caonabo. Yo te amo; en tus ojos he leído el fuego que hay en tu alma; yo he soñado un hombre como tú para convertirle en mi ídolo; voy á romper tus cadenas, voy á vengarte de tus enemigos.

—¿Qué pretendes?

—A nuestro lado hay treinta indios. Nuestros enemigos son algunos más, pero no importa; en un momento dado, mientras duermen, los sorprenderemos, los mataremos y los arrojaremos al mar. Dueños de la embarcacion, volveremos á nuestra isla, y allá celebraremos el triunfo.

Esta idea, por lo que tenia de feroz y de astuta, entusiasmó á Caonabo.

—Sí, sí,—dijo;—destruyamos á nuestros enemigos, sobre todo á su jefe, y poco me importa la muerte.

La india habló á su compatriotas.

—Nos llevan á la muerte,—les dijo.—Se han apoderado de nuestros tesoros, y todo lo que nos ofrecen es mentira. Vengáos de vuestros opresores, vengad el honor de vuestros reyes; estad atentos á mis órdenes, y rompiendo la cadenas de Caonabo, mataremos á nuestros enemigos, nos haremos dueños del buque y volveremos á nuestra patria.

Los indios, que temian á los españoles, no ocultaron su miedo.

La amante de Caonabo aguardó.

Antes que á los europeos, faltaron provisiones á los indios.

El hambre comenzó á exasperarlos.
—Faltos de viveres nuestros enemigos,—les dijo,—van á matarnos para devorarnos. Destruyámoslos nosotros para satisfacer nuestras necesidades.

Etonces la oyeron con mas interés, y resolvieron ayudarla en su empresa.

Llegó el momento en que los tripulantes iban á lanzarse sobre los indios para devorarlos.

Colón los detuvo.

La influencia del almirante les hizo caer en el abatimiento.

Vino la noche, estalló la tempestad.

—Ha llegado la hora de la venganza,—exclamó la india.

En medio de la consternacion de los marineros, se dirigió con los indios adonde estaba Caonabo para romper sus cadenas.

Cuantos esfuerzos hacia eran inútiles.

El mismo Caonabo, sediento de libertad y de venganza, hizo un supremo esfuerzo para sacar sus piés de las cadenas, y lo logró rompiéndose los huesos.

Pero al dar un paso cayó en tierra.

Desesperada su amante, guió á los indios sobre cubierta para sorprender y asesinar á los españoles.

Dieron estos la voz de alarma, y se prepararon á la defensa.

Aguado fué el primero que cayó en poder de los indios.

Estaba á punto de perecer, cuando, presentándose Colón, le sacó de las garras de los indios y les

obligó á huir amedrentados para evitar el castigo.

La amante de Caonabo se vió perdida.

Corrió á refugiarse en donde esta el indio.

—Por piedad, mátame,—le dijo,—mátame.

La india le extranguló con sus nervudas manos, y volviendo sobre cubierta, se arrojó al agua al mismo tiempo que uno de los soldados, disparando su arcabuz sobre ella, le atravesó el pecho con una bala.

Los indios imploraron perdon.

Aguado estaba avergonzado por que debia la vida al almirante.

Hubiera querido morir antes de recibir aquel nuevo beneficio del hombre ilustré á quien queria perder.

Colón supo la muerte de Caonabo, y la sintió en extremo.

Sus planes se habian frustrado por completo.

La tempestad se calmó.

Amaneció el dia siguiente, y á aquella escena de horror y de desolacion siguió otra de expansion y alegría.

Las primeras luces del alba mostraron á los tripulantes el cabo de San Vicente.

Colón les habia anunciado que llegarían allí muy en breve.

Pero dudando de su pericia, habian murmurado de él.

El remordimiento les inspiró nueva admiracion hácia aquel hombre, que conocia tan á fondo los misterios del Océano.

El dia 11 de Junio ancló la *Santa Cruz* en la bahía

de Cádiz, y Colon pisó de nuevo aquella tierra hospitalaria, en donde le esperaba la envidia con sus armas afiladas para clavarlas en su reputacion.

No duró mucho la alegría.

La mayor parte de los tripulantes que volvian de la colonia habian salido de la Península con el propósito de hacer fortuna, y despues de algunos años regresaban tan pobres como fueron, y trabajados por la enfermedades, los disgustos y las privaciones que habian sufrido.

Aguado, prometiéndoles su proteccion si coadyuvaban á sus intentos, si desprestigiaban al almirante, los convirtió en otros tantos enemigos de Colon.

Desde el primer momento se empezaron á divulgar entre los que salian á recibirlos noticias desfavorables para su jefe, noticias que corrieron con rapidez por toda la ciudad y trocaron en indiferencia el entusiasmo que en otro tiempo, al regresar por primera vez de las Indias, habia hallado Colon.

Para contrarestar estas versiones, que no tardaron en llegar á sus oidos, se tomó Colon el trabajo de hablar á todos los que se le acercaban de su descubrimiento, anunciando que habia encontrado las minas del antiguo Ofir, refiriéndose á las minas de Hayna. Como siempre, el primer pensamiento de Colon fué descansar en la Rábida.

En el puerto de Cádiz encontró tres carabelas mandadas por Pedro Alonso Niño, próximas á darse á la vela con provisiones para la colonia.

Leyó Colon las cartas y despachos de que era por-

tador el capitan de aquellas embarcaciones, y enterándose de este modo de los deseos de los soberanos, escribió á su hermano Bartolomé, pidiéndole que pacificase por todos los medios posibles la isla, que pusiese en inmediata explotacion las minas y que castigase severamente á los indios que atentaran contra la seguridad personal de los colonos.

Convencido de que el verdadero tesoro de la isla era el que Miguel Diaz habia encontrado en las minas de Hayna, mandó á Bartolomé que trasladara la colonia á sus inmediaciones y que formase un puerto de mar cerca de aquella parte de la isla, para que fueran hasta él las embarcaciones á recibir el precioso metal.

Aguado, al despedirse de Colon, partió á Sevilla, en donde habló con Soria; este le dijo dónde se hallaba el obispo Fonseca, y corrió inmediatamente á su encuentro.

Colon dispuso que los indios que habia llevado consigo quedasen en Sevilla, y se dirigió al convento de la Rábida á esperar allí las órdenes de los soberanos.

Una nueva desdicha le esperaba allí.

Fray Juan Perez de Marchena, su protector, su amigo, se hallaba postrado en el lecho, próximo á abandonar para siempre la tierra.

Aún no habia perdido el conocimiento cuando Colon pudo llegar hasta la cabecera de su lecho, besar sus manos y oír su inspirada palabra.

CRISTÓBAL COLÓN

Capítulo XLV.

Consejos de un moribundo.

No podía penetrar el almirante en el santuario de Santa María de la Rábida sin conmoverse profundamente.

Mirando desde allí todo su pasado, tenía que dar gracias á la Providencia; porque si bien era verdad que sus desdichas habían sido grandes, también era cierto que en los mayores conflictos le habían dado resignación bastante, fuerza suficiente, para soportar los rigores de la desgracia y encontrar en el fondo de su corazón fé y esperanza para sí; caridad para sus enemigos.

Aquel santuario había albergado su pobreza, había sido el espacio donde había respirado la atmósfera de

la virtud, de la ciencia, del amor á Dios, su hijo querido Diego.

Allí, en aquellos silenciosos claustros, había confiado sus planes á fray Juan Perez de Marchena, había escuchado sus consejos y su estímulo, y había alimentado las esperanzas que, al convertirse en realidad, al mismo tiempo que la corona de la gloria, ceñía á sus sienes la corona del martirio.

¡De cuán distinta manera había entrado por aquellas puertas en las diferentes épocas de su vida que había pasado sus umbrales!

La primera vez le acompañaba la miseria.

La segunda la gloria.

La tercera el desengaño.

Difícil fué para los venerables frailes del monasterio reconocer al que algunos años antes había llegado allí en medio de las aclamaciones de todo el mundo, para prepararse á recibir el mayor homenaje que hasta entonces habían tributado los hombres á mortal alguno.

Los años, duplicados por los disgustos, habían marcado en su rostro las huellas de una prematura vejez.

Durante los tres meses de navegación había crecido su barba y se había cubierto con cenicientas hebras, que acentuaban más y más su fisonomía.

Como si adivinase Colón el recibimiento que iban á dispensarle, había renunciado á sus galas y vestía una humilde túnica, sujeta con una cuerda alrededor de la cintura.

Durante los momentos de peligro en el mar habia hecho voto de vestir aquel traje durante un año, y lo cumplió al saltar en tierra.

Iba á buscar en el santuario las fuerzas que le faltaban para luchar con sus enemigos.

Iba á pedir á fray Juan Perez de Marchena saludables consejos, y al saber que el infeliz anciano yacía en el lecho de la muerte, fué inmenso su dolor.

¿Era aquello señal de que el favor divino le abandonaba?

Pero aún no habia muerto el venerable sacerdote.

Aún resonaba su débil voz en su humilde celda.

Aún podia acercarse á los piés de su lecho á recibir de sus débiles manos la bendicion.

Fray Juan Perez de Marchena moria como el justo.

Sus ojos apagados se reanimaron al escuchar la voz de Colon, al reconocerle, al sentir el ósculo que con veneracion y respeto imprimió en su mano.

—Padre mio,—exclamó Colon,—aún llego á tiempo para pedirnos que imploreis de la piedad divina las fuerzas que necesita mi abatido espíritu; aún llego á tiempo para recibir vuestra bendicion.

—Sí, amigo mio, sí,—murmuró débilmente el anciano;—yo os bendigo con toda mi alma, yo imploraré del Altísimo la proteccion que necesitais. Todas esas contrariedades que se oponen á vuestras esperanzas son vehementes indicios de los altos fines para que os reserva la Providencia. Pero la inquebrantable fé de vuestra alma, la inmensa caridad que sentís en

vuestro corazon, hace vuestro elogio y os alcanzará el premio divino. Escuchad, escuchad con fé la voz de la esperanza; no abandoneis la senda que os habeis trazado desde el primer instante de vuestra vida; sufrid con resignacion los golpes de la fortuna, y el dia de la justicia llegara para vos, dia sublime, en el que alcanzareis el premio, en el que no sólo conseguireis la admiracion de los hombres, sino el respeto y la veneracion de los cristianos.

El esfuerzo que hizo el padre fray Juan Perez de Marchena para pronunciar estas palabras le debilitó en extremo y no pudo hablar más.

Aquella misma tarde, cuando las campanas del monasterio tocaban á las oraciones, el prior del convento exhalaba el último suspiro en medio de las lágrimas fervientes de los que habian admirado sus virtudes en vida, y no dudaban de que su espíritu subia al cielo á recoger el premio que le brindaba la Divinidad.